

LIBRO DEL AIRE

COLECCIÓN PAPIROS
Serie Poesía

Pausides Gonzalez



La Colección Papiros, con sus series de poesía, narrativa y ensayo y su serie especial Recorridos, está destinada a promover la creación literaria al difundir la obra de escritores reconocidos junto a la de jóvenes de comprobado talento.



LIBRO DEL AIRE

Pausides González

©2007 EDITORIAL EQUINOCCIO

Todas las obras publicadas bajo nuestro sello han sido sometidas a un proceso de arbitraje. Reservados todos los derechos.

Coordinación editorial
Carlos Pacheco

Producción
Evelyn Castro
Nelson González

Diseño de colección y portada
Analiessé Ibarra

Diagramación
Luis Müller

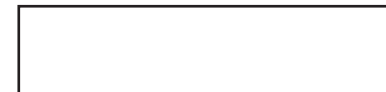
Corrección
José Manuel Guilarte

Impresión
La Galaxia
Tiraje 1.000 ejemplares

Hecho el depósito de ley
Depósito legal 1124420078002540
ISBN 978-980-237-266-9

Valle de Sartenejas, Baruta, estado Miranda.
Apartado postal 89000, Caracas 1080-A, Venezuela.
Teléfonos (0212) 9063160/3162/3164, fax 9063159
equinoccio@usb.ve
RIF. G-20000063-5

LIBRO DEL AIRE



a Majo

Tomas una hoja del tembloroso álamo, la guardas en el
libro destinado a volar cuando se pulveríce.

José Emilio Pacheco
“Estaciones”

The book out there
tells us as much, and never was written with us in mind.

Mark Strand

Agradecido, pues, el peregrino
deja el albergue.

(....)

Muda la admiración, habla callando.

GONGORA
Soledad primera

Por la soledad del parque

(PRIMERA SALIDA)

I

Desayuno con vista

I

El café se hace a fuego lento,
bien cargado, casi tinto.
Al montarlo
hay que poner una capa de agua
en el tarro de la greca
(agua siempre blanda)
para que el fondo caliente
no lo amargue.
Hay que servirlo con hervor
y poca azucar
en la taza de peltre.

Al pan recién hecho
se le unta algo de miel
y con el roce del cubierto
se desmorona un gusto a leña
bueno al paladar.

E desayuno se toma frente a la ventana,
hacia los árboles,
por donde el viento se aviva de nuevo
este verano.

II

Ya es natural en esta época
que todo se desprenda allá afuera.

Cada movimiento de las ramas
trae hasta la ventana
un revuelo en el fulgor
que es familiar a la mirada:

se siente cómo la vista se cuela otra vez,
cómo se mete entre las cerdas tibias
de la brisa,
cómo traspasa las rejillas
de la tela metálica,
y sin poder devolverse
busca asiento frente al plato.

El parque suele venir con la vista.
Se agarra
al bastidor que lo envuelve
con listones de tierra y cielo,

y cuando entra
deja caer el silencio lleno de polen
y afince los codos en la mesa,
distráido,sereno.

III

La vista se rebosa en días como éstos.

En sus mañanas
cada manojo de aire
se puede contemplar desde muy cerca:

hasta podría tocarse con el índice
el camino por donde se asoma
el señor con su perro,
un Golden Retriever cachorro,
ansioso por correr entre los árboles

el señor procura fumar un tabaco
y por momentos se nota su placer.

Podría jurarse que el humo llega hasta el pan,
hasta el vaho del café
(todavía sin probar en la taza de peltre)
y se queda quieto sobre la mesa,
igual que el parque.

Junto a ese reposo de las cosas
acá adentro
ha ido llegando también
una mezcla nueva de aromas,

seguramente será más intensa
en los pró--ximos días humedad.

Llover con sol

Poco a poco la ventana se llena de gotas.
Parecen islas
sobre un fondo muy profundo, borroso.

Se pega el ojo a una de esas gotas
(lupa en el agasal del vidrio)
y se ve más claro el mundo,
como quien hunde su máscara
en la superficie de un mar.

Se ve cómo las cosas
se imitan a sí mismas ahí abajo
(ahí atrás),
donde el verdor
no deja de mezclarse entre los árboles,
de inventarse,
hasta ser
más o menos
pantalla de bosque
con rayas de diluvio.

Se despega el ojo
y se ve la anchura de llover con sol

el afuera aguándose en el reguero de luz.

Se ve cómo las hojas brillan
cuando se ponen a lavar las sombras

mientras la mirada queda metida
en el hontanar de un arco iris,

ahí, en la dureza del vidrio

De azul a verde

Así como el mirar contra el océano
cuando la vastedad
derrama el azul en las retinas,

así este golpe de ventana
cuando los ojos salen a bucear
en el verdor del parque,

en su color umbroso.

Todo va siendo peregrino
porque nuevo es el mirar que se hunde.

Es un irse,
quedarse sin adentro y sin afuera:

ese punto disolviéndose
en el lugar común,

es su fuga
por el aire vegetal que se pega al cielo.

De azul a verde sucede la mañana,

sucede
y nadie sigue estando.

Paraulata

Allá está la que anda en rama nueva.

Fíjate allá adentro,
entre las hojas por donde se ve el cielo,

fíjate como no se enreda y deja sitio
para abanicar sus alas,

cómo se le va la sombra
por las tejas.

Gris en el verdor
con el reclamo abierto en la garganta.

Y es distinta todos los días.

Fíjate,
el árbol es otro árbol,

la ventana es otra ventana
(la casa tampoco es la misma).

En el incendio negrisimo de sus ojos,
donde un baldío está cubierto de monte,

tú eres también otro.

Teoría de la brisa

Cada brisa nace de una ventana
que se abre en el aire.

Toda brisa es aire dilatado,
soplo que se atosiga en su deseo
por llenar algún vacío.

Hay quienes dicen
que es la estela de un ángel
precipitándose
hacia el continente más liviano,
el más leve;
otros dicen
que es el agite de una palabra
apacándose
en las formas que toma,
en los cuerpos que persigue
y envuelve.

Entre tanto
la brisa va desentendida,
sólo acatando la urgencia del andar
antes de que su fuerza se deshaga;

apacigua el silencio de los árboles
y les da otro quehacer
a la llama del sosiego que hay en ellos.

Los pájaros lo saben:

en el roce de las hojas
barruntan las tormentas,
oyen la cercanía
de un frente cálido
o frío;
hasta pueden descifrar
el tono quedo del suspenso
antes de la primera gota

(y se aistan en vigilia,gozosos,
como quienes esperan
el cobijo de un abrazo,
de una fuerza queriendo ser mundo).

Sin la brisa no hay fulgor,
sin la brisa el cielo perdería sus cimientos;

la tierra,
como se sabe,
no podrí--a nunca con tanto peso.

Otoño

Hojas,
voladeras
en la costumbre del aire:

cálida comarca de los ojos.

Huellas

Todavía salen las estelas
que dejaron los cocuyos este verano.

Basta que empiece la noche
para verlas subir en el silencio.

Cada ráfaga se levanta de la maleza
como una serpentina a ras del suelo,

y al desvanecerse
libera tegumentos,
mañanas con pájaros
y huellas,

sobre todo huellas
en las últimas hojas de la tarde.

Sin ellas sería fácil perderse
por la desnudez,

mucho más fácil
que entre el verdor a plena luz.

Días feriados

El verano deja en los árboles
aspavientos de lumbre
con la mengua del equinoccio.

Todo el regocijo del último fuego
queda en el color de las hojas
como llamaradas agrestes.

Son días feriados del asombro
en la víspera del invierno
y su querella inevitable.

Esos días cautivan con su hoguera
al acendido miramiento:

para que no se mude
y aguante
hasta el próximo verdor del aire tibio.

Gato negro sobre la nieve

Un gato negro cruza la nieve.
Va de una casa a otra,
de solar en solar.

Anda por el parque
suspendiéndose con más fuerza
en la gravedad,
esforzándose por caminar sin dejar huellas
como en el verano.

El gato ya no puede cazar pájaros.
Sabe que su cuerpo
es el blanco de todos
en el campo abierto del invierno
(entre el ramaje hay surcos de aire,
tantos
que hasta el viento está pelado).

El gato se cree un cuervo
y se rie
(con la cabeza gacha
hace como sí bostezara).
Se mofa de sí mismo
para sacarle filo a su taima.

Se toma su tiempo,
olfatea la brisa
y orina por donde suben las ardillas:

para que nadie se confíe,
para que vean bien
y se imaginen
o recuerden,
que los puntitos esos
en la felpa de la nieve,
pueden seguir hundiéndose
cuando menos lo esperen.

Belleza del silencio

I

Belleza de silencio
entre árboles sin hojas
en el fondo blanquísimo del invierno
(sobre esa tela de aire helado).

La nieve cubre los tallos
y deja que la luz en su blandura
lo convierta todo en blanco y negro.

Nada como el fuego contenido
en las frondas del otoño,
ni rastro del riachuelo,
ni rastro de sus juncos
cuando pega la tarde en el verano.

Nada,
y hay tanto entre la ausencia.

La tarea está en andar
del lince al topo
hasta penetrar las raíces

II

Una estación
siempre guarda celo de su aire,

es un reino a duras penas descifrable.

De allí que la savia del tiempo dé vueltas
y siempre esté regresando a los ojos:

para hacerlos balbucear algún día
el misterio de una hoja bajo la nieve.

Campo

Se puede ver el auto entre las zarzamoras,
un viejo Buick ya chatarra
donde los horneros rehacen en primavera
su nido de siempre.

Lejos del auto
se puede ver también la casa
entre la crudeza de los árboles.

Y al fondo
el cielo todavía tiene ese telón de neblina
que aísla el mundo.

Sí se estuviera en la ventana
más alta de la casa
se vería el caparazón con herrumbre
del viejo Buick
en dirección a la brecha del bosque,
y los árboles se verían
como un lío de estacas borrosas
sobre la quebrada inmovil.

Lo demás sería la broza dispersa
que va dejando el invierno.

A pesar de lo nublado
lo reseco de este día
le rompe los labios a la sed de ver.

Todavía hay pertrechos
para seguir hurgando:

la mirada puede tener alas.

Neblina

Un talon
toca la punta de un pie
y sucesivamente
se avanza desde adentro

por la humareda
de una caldera del cielo.

El espesor satura la vista,
colma de blancura la retina
y hace que las manos vayan adelante.

Se anda al tanteo
entre cercados y ramajes
que el habito conoce,

nada es seguro de que este ahí

(donde las cuentecillas de agua
parecen de argamasa).

No hay catalejos,
la mirada sin asombro se devana:

ver

es como tocar telarañas,

mirar es la piel de lo invisible.

Guión para una tarde

El personaje ha salido de su casa
a caminar en el atardecer.

Ha llegado a una plaza ancha y colorida,

puede ser una redoma
poblada de árboles sin concierto.

(La brisa anda ligera
sobre esa parte de la ciudad.
Las flores que no aguantan
dejan pétalos sobre la grava.)

El personaje quiere anotar algo,
cualquier evento que pueda fijarse en el papel.

Su mirada se hincha
por todo cuanto cabe en ella.

Al regresar escribe:
“Brisa de los árboles, duracion atenazada”,

pero las palabras
no resisten la escritura
y caen por su propio peso,
se van a cualquier parte
deslizándose
ociosas.

El personaje se asoma a la ventana
y se da cuenta de que es tarde
para distinguir algún rastro
en la oscuridad.

Golondrinas

El final de la tarde
pareció la chistera de un mago
cuando las golondrinas
se agolparon en el aire
formando nubarrones.

Pasaron por encima
y uno dijo
que recordaban peces,
cardúmenes al comienzo de la noche.

Otro se mostró asombrado
de que todavía volaran golondrinas
a pesar de tantos siglos,
y mencionó algo acerca de "cabriolas".

Entonces
alguien explicó
que esos paseos eran comunes
en ese pedazo de cielo,
que ellas se agrupaban allí
con el caer del día
antes de volver al parque,
y señaló unos árboles
entre un par de edificios
(ya con las ventanas encendidas).

De pronto, ciertamente,
el aire se volvió reposo
debajo de unos aleros.

Y a las estrellas
luego les dió por brillar más arriba,
muy arriba en lo oscuro.

Avenida lunar

Se espera la señal para cruzar.

Cuando enciende
se pierde con el sol
encimado en la avenida,
en el fondo de un ringlero de postes.

La masa esférica es nítida,
una geometría candente
en la curvatura del ocaso.

Por momentos
los autos dificultan la mirada.

Aparece de nuevo la señal
pero la atención sigue puesta en esa orilla
lejana y desleída
como un espejismo de lumbre.

Y de tanto mirarla
se desbandan unas mariposas
atónitas.
Salen a darle caza
afanadas
por dar su parte en todo ello.

Los autos parecen perseguir lo mismo
y se agigantan
al pasar sobre un hilo de brasa
en el asfalto.

Se van
por donde se aplaca el día,
entre nubes de magenta
y ribetes de cian.

En ese escorzo del cielo
la inercia del hundimiento
pone a andar la mecánica de una brisa.

Una hoja cae
y un lucero enciende el silencio.

Fanales

La calle ciega termina
en los requiebros del asfalto,
entre la hierba incipiente,
donde unos robles
guardan la entrada del bosque.

En el follaje
la brisa labra claraboyas
y hace visos
por todo ese rayano;

parecen esquiras de luz
atenuadas
en el mosaico de la sombra.

Cuando el atardecer las difumina
reluce un atajo
que se mete en la espesura;

prenden fanales por el suelo
y los ojos
quedan cuajados hacia adentro.

De tierra y cielo

Mide el cielo a sus anchas.
Nos da formas
cuando el viento nos empuja,
cuando pasamos y lo cubrimos.

Parece un tronco seco
en ese descampado.

Cree que está solo,
que nadie sabe nada
de él allí:

y se nota el deleite
cuando las semillas de higo
revientan en su boca;

y se ven las pupilas
cambiando de tamaño
como cuando se está ante el mar.

Saca las frutas de una bolsa,
vuelve a echarse en la hierba
y hace una almohada
con la malla de sus manos.

y hay aleteo de insectos a su alrededor.

Y se levanta
y busca más frutas,
y de nuevo se acomoda a su antojo:

y sus ojos
vuelven a llenarse como sí fuera
la primera vez.

Mientras tanto

Se está bien así.
Buena brisa y buena sombra
para salir de la humedad.

Se está bien.

Una mariposa pasa sobre los rieles
y se larga con el tiempo,

desbarata sus anclajes
y lo arrastra
hasta el doblar de las nubes.

Pasadizo

En el verano salen unas ramas
cimbrándose en la claridad.

En ese vibrar de resolana
se desprenden las hojas más elementales.

El aire las confunde con las nubes,
siente el mismo paso de lo suave
y les abre espacio para que se queden quietas.

La fronda de un árbol inmenso
(de ramas ateridas)
aparece con el agua que esas hojas esparcen.

La luz se pone mansa
y en los caminos se comba una frescura.

Meridiana

Hay semillas que se deshilachan
como vellones de nubes.
Se dejan esparcir mansas por la brisa
al mínimo roce del andar.
Y la delicadeza de sus giros
al soplarlas
convierte en aire de nieve al estío.

No son dadas a caer.
Se elevan,
se van a mediana altura sobre el herbazal.
Y con ese abandono
se hace llevadera la canícula.

A falta de un río
o una buena sombra
hay cómo meterse en el caudal
que corre por las hélices
de cada filamento.

La lisura se corruga
con estos penachos voladores,

tras ellos
la mirada acumula celosías.

Vecindad del aire

Siempre habrá un bosque
en el azar de la hoja,

en el brillo de su aire solitario.

Hojarasca

I

Detenerse
ver una hoja cuando cae.
Suspenderla en su vaivén
haciendola parte de alguna rama
en el aire.
Soltarla.
Seguirla en el descenso,
en las maromas que hace
para no tocar las otras hojas.
Saber la forma que tendrá su quietud
al sentir el suelo.

II

Mirar alrededor.
Seguir al dirección del viento.
Asegurarse de estar solo
y dejarse llevar
ocultándose en la crepitación
de la hojarasca.
Penetrar en los colores secos,
en los colores curtidos.
Dejarse ocupar por la intemperie
como un hongo tras la luz.

III

Ver en la fronda más alta
enredaderas de claros y sombras
buscando el equilibrio.
Así, levantarse,
tranquilamente,
con los pies
bien plantados.
Apropiarse de las huellas en la maleza
para no dejar rastros,
y poder irse
(seguir yéndose)
hasta saber desprenderse.

El río

Una piedra atravesó
muchos poros en la luz
y cayó al agua.

La superficie tragó aire,
hizo ¡tlug!
como una campana carcomida,

sin aliento en la arcilla del río.

En las orillas
unos robles viejos
aprovecharon la inclinación de la tarde
para rodar con sus hojas y bellotas
hacia lo más hondo,

hacia el centro
del ondular dejado por la piedra.

Las ramas tomaron la forma del cause
y todo se puso colorado
(lleno de antiguas estaciones).

El tiempo fue un largo parpadeo
hasta que alguien pasó cerca.

Pareció venir de la otra ribera
siguiendo el rastro de unos pasos
río abajo,

hacia las sombras.

Aguaviento

Y a la vuelta
esa brisa que sale
de las cortezas más viejas,

de golpe,
el cielo encapotado.

Hay que guarecerse pronto:
las manos en los bolsillos,
la quijada sobre el pecho,

los charcos arrimando hojas a los zapatos.

Esperando a que escampe,
aparecen unas estacas en el agua.

Notas como se meten en un pozo
que apenas cubre los tobillos.
Te esfuerzas en seguirlas
entre los reventones de gotas
per tus ojos se van a lo profundo,
se enredan con las raíces nuevas
mientras se ponen a boquear.

Si el temporal se hace largo
no habrá manera de escurrir la mirada,
te dices, con palabras
que se remueven con el limo.

Y con la luz
hundiéndose,
caes en la cuenta
de que la lluvia acaba de pasar.

Un reverbero en el agua
muestra las ramas que estaban sobre ti,

y se ven claras
con todo lo que dura
el aire amarillo del atardecer.

Señales

Primero viene la ruta de los ciclistas
en el bosque,
la que represa charcos en las curvas.
Luego un puente de madera
que a veces cruje en las noches.
Y más adelante
un roble lleno de escarabajos.

Después está el camino
que se hunde en las quebradas.
Síguelo hasta salir al cortafuego.

A la vera del bosque
guíate por las cigarras tempraneras,
pero también
por el silencio de las flores
cuando caen sobre el agua
(cuando alguna llega sin temblor de agua).

Sigue la brisa,
deja que te lleve
hasta los rieles abandonados.

No te detengas
hasta que se disipe en los durmientes.

Ya después
sólo tendrás el puerto frente a ti.

Notarás el cambio del clima
apenas te acerques.

Una ráfaga marina soltará tu sudor,
lo revolcará en el estiércol
de los solares,
en la leña de las casas
(algún perro ladrará,
alguien se asomará a ver la mañana).

Por último
cruza el varadero
sí encuentras marea baja.

Pasa los escombros de las olas.
Quedará toda la playa para alejarte.

Ve,
prepara tus viandas,
recoge tus sentidos para la faena.

La semilla de otra estación
ya está madura allá afuera.

Da con su mirada de raíces y nubes
y aguarda.

Lluvia de viento

Parece llover,
pero solo es el viento entre los árboles.

Llueve,
pero son los árboles entre los árboles.

Parece escampar,
pero son los árboles sin viento.

Escampa,
pero es el silencio de los árboles.

Mirador

Una brisa te desprende la mirada,
la amarra a la alcayata de su nube
y se la lleva.

La aleja de ti
como un pájaro raudo sobre bosques.

En un abrir y cerrar de ojos
te disuelves en las pupilas de ese pájaro
que la brisa pareció engendrar
frente a tu vista.

Sientes las alas
cuando rozan los árboles,

como esculpen el aire
cuando inventan las hojas.

Eres viento y regresas.
Das vueltas
y te diluyes por el ramaje,
por la urdimbre del agua
en los vástagos.

Te sabes libre,
con esa seguridad del animal suelto
en los bosques profundos.

Queda el aire

Queda una ventana y un cielo
reflejados en un vaso.
Queda una casa.

Queda un parque
y caminos que se pierden.

Queda la soledad
sobre el dosel de un bosque.

Queda un verdor cruzado de aguas.

Queda el silencio
a hurtadillas
en la barda de una nube.

Queda un resplandor,
la resina de una mirada
inflamándose.

Queda el aire,
solamente el aire abierto

y su rueca de brisa hilando asombros.

Por la soledad del aire

(SEGUNDA SALIDA)

I

Helechos

En ciertas épocas
vienen mariposas a los helechos.

Llegan sigilosas
alentadas por la espesura del aire.

Son de un coral intenso
con nervaduras negras
y pintas blancas en los bordes.

Al creerse seguras
revolotean
y largan sus escamas:

ese batir trae nubarrones
que le humedecen la boca a las esporas.

Las mariposas
después se juntan en el envés de las hojas
y se abanican.

Con el tiempo
salen orugas en las frondas.
Tienen piel de papel seda
de un verde esmeralda,
se revientan apenas las agarras.

Pueden hallarse
viendo los helechos al trasluz
y por los excrementos
regados
como semillas secas de lechosa.

En las mañanas
tomo cautelosamente
tres o cuatro de estas larvas
y se las dejo a los pájaros que pasan.

A los días,
cuando no queda ninguna,
brota el abono que le da
su nueva pelambre a los rizomas.

Algo de riego,
y al cabo de pocas semanas
los helechos comienzan a retoñar
muy hermosos,
cada vez mas hermosos.

Maderaje

I

Busco madera para mis tareas.

Busco en los estragos de las tormentas,
en esos suelos
donde los árboles
quedan siempre avasallados.

Cuando consigo uno bueno
lo tronzo con diligencia
para que no se astillen los pedazos.

Los leños más húmedos
los apilo
donde el sol acostumbra pegar fuerte,
y corto los demás
para sacar tablas y maderos.

Yo distingo ciertas especies,
como el cedro
que se macera en lo más duro,
o el pino
que se fisura en lo nudoso.

Trabajo mejor cada jornada.

Paso mi tiempo
cepillando y lijando
hasta que deslumbran las vetas
más difíciles.

De tanto medir y probar
he aprendido como hacer ensambladuras.

Ya hago
biseles y muescas
sin que se noten los encajes,

ya se me da bien el acabado.

II

Mientras llevo a nivel mi primera ventana
me doy cuenta de que es inútil
lidiar con las polillas.

La saña de la intemperie es muy tenaz
y nunca abandona la madera.

Eso me hace pensar
por momentos
en las bondades de la poda,
y se me ocurre
que ya es hora de buscar otro talante
(otra manera de labrar el tiempo).

La poda
hace que los árboles
tengan más vida en los rodales.

Con algo de tesón y mucha urgencia
quizas un día
pueda domesticar algunas sombras

Quemas

¿Como enciende la llama en el bosque íngrimo?.

He removido todo tipo de cenizas
y sólo he dado con las grietas
que las quemas dejan al descubierto.

Hay presagios que puedo recordar,

coincidencias de la vispera:

ese aroma de sándalo
en la gelatina del aire,

la bulla de las hojarascas

y el aceite del ámbar en algunas cortezas.

Hoy
los vientos altanos andan como ventoleras,
parecen llevar yescas
en vez de nubes de mar,
en vez de lluvias forestales.

Yo, desde el porche lo veo venir,
todo está listo para el incendio.

Ya la chispa se acalora.

¿Cómo mitigar las pavesas
que se levantan allá lejos,
tan adentro?

Hace tiempo que no llueve.

La claridad

La brisa trae sus macundales.

Se acerca
y saca unas sombras para cebar la claridad,
para echarle aceite a la luz.

Alza su velo de aire
y habla entre las hojas
mientras se aclimata.

¿Como negar que esa lentura
no es su habla, su hablar a solas,

su decir con voz de álabe?

Parece echarle cuentos
a la imagen recién bruñida.

Parece que dijera:
"Destila tu fijeza",

antes de aventurarse sin ser vista,
sin llevar sombras,
ligera.

Tierra

Atiza el aire
para que suelte luz.

Acosa el jadeo solar entre las hojas.

Deja de ser tierra abigarrada.

Brisa

La brisa mojada se alebresta
cuando hundo mis manos a su paso.

Lo que veo de mí se disipa en el aire
como sí bebiera de un pozo
abierto ante mis ojos.

Lo que soy deja de ser mío
para irse entre las ondas del agua
que le pesan a esa brisa.

Hecho llovizna
penetro en el fervor
del habla entre las hojas.
No sé lo que se dicen
pero siento cómo socavan la aridez.

Hay humedad de bosque
sobre tierra cuarteada.

En el aire del día

Entre la mañana y la tarde
las hojas se desbandan
y remueven el calor
mientras las ramas florecen.

Hay un sosiego que barre la humedad.

Aquí los pájaros cantan
sotenidos en la luz
y conocen el ruido del polen
en el viento de la lluvia.

La mirada levanta la tierra
y la huella del agua
como un lago cubierto de senderos.

Quiere ser en el aire del día
donde una semilla se abre entre cenizas.

Umbral

La materia fugitiva
anda vuelta llamarada.

Me hace cuerpo de su mirar.

Me ciega

en el agua de *una hoja*
transparente de sol.

Tordo

Retumba la soledad del aire
con el eco de un tordo
que parece agonizar.
Hasta lo más tupido
llega su deseo
de abreviar el día que termina.

Aunque sólo queda el cansancio
el ánimo todavía encuentra vocales
para la maraña de la noche.

Trillar el aire
es su labor de centinela

taciturno entre la poca luz;

imitando voces
en lo hondo del bosque
(voces reales de la fauna
con las que alarga la vigilia).

Desde el vacío de la garganta
las frases pueblan el silencio
aunque sean hilachas.

Hebritas
que de vez en cuando
se oyen arder con la brisa.

Canto hondo

Cuando canta un pájaro
todo árbol se hace más profundo
se ve dentro de sí hecho jirones
allá atrás de sus cancelas.

Cuando un pájaro canta
entran árboles en el árbol,

y las hojas se traspasan el silencio
en la brisa redonda de los ecos.

El bosque

Dentro del árbol está el bosque
metido en el ramaje,
con tanto silencio
que parece esconderse.

Mientras el rebato del aire
atraviesa todo el árbol

en el bosque sólo entra la quietud.

Y rezuma a veces.

Se hace notar
enmascarada
en el callar repentino de una cigarra,

o en la garganta de un pájaro
despierto en la lluvia.

Por el árbol pasa el ajetreo del mundo,
en el bosque se arrellana el sosiego.

Vástago

En un solo vástago
puede caber todo el aire.

Cuando sea una rama adulta
tratará de vaciarse por completo.

Le soltará al silencio
sus tramojos
hasta dejarse caer
hoja a hoja.

Una vez en tierra
se podrán oír todas las mañanas.

Aire libre

El árbol crece
y se cubre de fronda
tan sólo para vivir ese tiempo
cuando suelta su primera hoja
desde la altura final.

III

La fuerza de su mundo
se represa para ese momento,

cuando el árbol es todo cielo
sólo por la plenitud única
de desprender su hoja en lo empinado
y quedar al aire libre.

La fuerza de su mundo
tiene que ver con ese irse
para ser en el aire
una *forma de la ausencia*.

Y esto ocurre
tras un chasquear
(una flama de silencio)

que los pájaros advierten
como el golpe seco del primer aleteo.

La mirada I

No se puede mirar
lo que no se ha visto.

Ves una sola vez
pero miras por siempre.

Primero se abren los ojos
luego se asombran.

La mirada II

La mirada también sabe de contiendas.

Sobrevive
sin dejarse amansar el asombro.

Su andar huella siempre
una tierra distinta,

asi sea en la oscuridad.

La mirada III

Son los estambres del aire
en el aire
los que le dan fuerza a los ojos
para rodar sobre las cosas.

Pie tras pie
loa maravilla la pátina invisible
que le da luz a lo recóndito
y a lo llano.

Un árbol, un barco, una nube:
todo cabe en el filamento más tenue
de la distancia.

Entre la retina
y el afuera,
ahora por ejemplo,
están apelmazadas
la quietud y la andadura.

Cada timbre, cada silencio,

cada uno
en una orilla del asombro:

el intangible aceite

donde la claridad reverbera
y es sustento.

NOTA

Las cursivas que aparecen en la segunda salida indican que tales versos o partes de versos corresponden a textos de otros autores. En orden de aparición: Juan Ramón Jiménez ("Patria"), Eugenio Montejo ("Un tordo"), David Huerta ("Humo de rosas") y José Gorostiza ("Muerte sin fin").

ÍNDICE

<i>Por la soledad del parque</i> (PRIMERA SALIDA)	11
------------------------------------------------------	----

I	
Desayuno con vista	15
Llover con sol	18
De azul a verde	20
Paraulata	21
Teoría de la brisa	22
Otoño	24
Huellas	25
Días feriados	26
Gato negro sobre la nieve	27
Belleza del silencio	29
Campo	31
Neblina	33

II	
Guión para una tarde	37
Golondrinas	39
Avenida lunar	41
Fanales	43

III	
De tierra y cielo	47
Mientras tanto	49
Pasadizo	50
Meridiana	51
Vecindad del aire	52

Hojarasca	53
El río	55
Aguaviento	57
Señales	59
Lluvia de viento	61
Mirador	62
Queda el aire	63
 <i>Por la soledad del aire</i> (SEGUNDA SALIDA)	 65
 I	
Heléchos	69
Maderaje	71
Quemas	74
 II	
La claridad	79
Tierra	80
Brisa	81
En el aire del día	82
Umbral	83
Tordo	84
Canto hondo	85
El bosque	86
Vastago	87
Aire libre	88
 III	
La mirada I	91
La mirada II	92
La mirada III	93

Este libro fue impreso
en octubre de 2007
en los talleres de La Galaxia,
Caracas, Venezuela.